

Cristina Somolinos Molina: *Rojas las manos: mujeres trabajadoras en la narrativa española contemporánea*. Granada: Comares, 2022, 277 pp.

*Rojas las manos: mujeres trabajadoras en la narrativa española contemporánea* es un acto de justicia y reparación ante el silencio de la historiografía literaria (materialista y humanista) con respecto a los ejes género y clase. Motivada por la necesidad de contribuir a las genealogías obreras, femeninas y feministas, Somolinos Molina se propone “ofrecer un relato articulado de las experiencias de las mujeres trabajadoras y su evolución a lo largo del tiempo, así como tejer los libros de una historia de las mujeres trabajadoras a partir de los discursos narrativos” (11-12).

La obra establece un diálogo entre la historia laboral, social y literaria de las mujeres desde la perspectiva de las trabajadoras en tanto que sujetos y objetos históricos y literarios. En este sentido, la autora analiza “los discursos narrativos desde un punto de vista *historizado*” (9), es decir, trata la literatura en su radical historicidad (en términos de Juan Carlos Rodríguez), lo que la lleva irremediablemente a un análisis situado (si recurrimos a Donna Haraway), lejos de consideraciones literarias universales y esencialistas. Transita de la historia a la literatura a través de lo documental y testimonial-experiencial, y profundiza en la intersección género-clase a partir del trabajo no solo como eje vertebrador de la vida de las mujeres, sino como objeto de conflicto; su propuesta, por tanto, supone una nueva forma de pensar la relación mujeres-trabajo a partir de la historia de la literatura. No obstante, el ámbito laboral enseguida se desborda proyectándose hacia otros ejes temáticos tensionados como la vivienda, la familia, la educación, la sexualidad o la amistad, demostrando que el trabajo determina todo el ecosistema en el que se desarrolla la vida de esta clase social y de este género. La obra adopta una perspectiva colectiva, evitando individualidades y manifestaciones aisladas, ateniéndose a testimonios históricos culturales de una serie de conflictos sociales protagonizados por las mujeres de clase trabajadora y en relación con sus coyunturas históricas.

Acompañada sobre todo de las teorías de Silvia Federici y los estudios historiográficos de Mary Nash, presentes constantemente en la obra, aborda el trabajo de las mujeres desde una perspectiva amplia, compleja y justa. Así, una de las aportaciones más destacadas del libro es la forma en que se establece una tipología laboral otra, mucho más amplia que las habituales masculinas. Somolinos diferencia entre trabajos remunerados (asalariadas, trabajadoras a domicilio, sexuales y domésticas) y no remunerados (realizados en el hogar) dejando constancia de que el trabajo asalariado, al contrario que en el ámbito masculino, no

fue uno de los más difundidos. Este panorama produce una quiebra en los modos convencionales de pensar lo laboral ensanchando la experiencia fronteriza entre lo público y lo privado para discutir los procedimientos de ocupación del espacio público como forma de emancipación o esclavitud en términos de clase. En consecuencia, queda al descubierto la doble posición subalterna del colectivo estudiado. Es decir, el examen de las novelas elegidas evidencia la doble, triple o múltiple jornada a la que se han enfrentado las mujeres de clase trabajadora a lo largo de la historia. Haciendo de esta idea un sólido cimiento, la investigación ahondará en la conformación de la subjetividad de las mujeres trabajadoras, donde el cruce entre economía y cuerpo se mostrarán decisivos. La relación cuerpo-experiencia-testimonio y literatura, por un lado, y por otro, mujeres de clase trabajadora-espacio público y privado se establecerán como los núcleos centrales que sostienen la investigación.

La obra recorre los siglos xx y xxi atendiendo a cuatro periodos históricos que responden a momentos políticamente estables de la historia de España. Parte de lo histórico general para llegar a lo concreto literario: desde las condiciones materiales de producción (modos de producción, tipología laboral, legislación, demandas, resistencias, luchas colectivas, debates sociales...) al modo en que la literatura se hace cargo de fijarlas y cuestionarlas. Esta metodología, que a priori podría parecer un poco mecánica, encuentra total lógica y sentido en una narrativa coherente, que fluye entre ambas áreas interconectando cada dato aportado. En el epicentro del estudio se ubica un notable corpus de novelas sociales escritas por mujeres y en cuyo discurso narrativo el trabajo aparece problematizado.

Inicia su recorrido en los años 30, cuando la cuestión femenina y la cuestión social se han asentado en el debate público. Somolinos Molina se centra en *Natacha* (1928) y *Tea Rooms* (1934), ambas de Luisa Carnés. Aprovechando el carácter testimonial de las novelas e insistiendo en el vínculo directo entre realidad y ficción, basa su análisis en los antagonismos clase trabajadora-clase media para abordar dos temas concretos: el matrimonio ventajoso en *Natacha* y la explotación laboral en *Tea Rooms*. De ambos exámenes se evidencian dos ideas: una, el engaño que supone ese "matrimonio ventajoso" para las obreras y dos, que para la mujer de clase trabajadora el trabajo no es emancipador, sino una forma moderna de esclavitud. En este sentido, la autora desplaza a Carnés de las lecturas que la sitúan en el marco de la mujer moderna (propio de la clase media) para ubicarla en la tradición obrera que bebe de Alexandra Kollontai y su mujer nueva. Sus teorías acompañarán la propuesta lectora de *Tea Rooms*, focalizada en el cuerpo de las mujeres trabajadoras como máximo exponente de la explotación en términos materiales.

Los discursos narrativos de las mujeres de clase trabajadora bajo el franquismo se articulan ante un nuevo antagonista y sus contradicciones: el Estado. El empeño infinito por parte de este en la homogeneización social y su estrategia del borrado de las mujeres como sujetos quedan imposibilitados por la realidad de las mujeres de clase trabajadora: al tiempo que el régimen "instaba a las mujeres a alcanzar el ideal de pureza y abnegación, les negaba el acceso a los

recursos económicos para sostenerse ellas y sus familias" (78). Y así se concluye de la narrativa de mujeres del periodo, pues el trabajo femenino formó parte de ella tanto de manera conflictiva como central. Para explorar ambas variantes Somolinos Molina indaga en la resistencia cotidiana de las amas de casa y las estrategias de supervivencia de las mujeres de preso en las narrativas sociales de la época. El examen de las primeras se lleva a cabo otorgándoles precisamente esa entidad y dignidad que no solo el Franquismo sino también nuestro mundo actual les niega. Su lectura las evidencia como seres sintientes, deseantes, con agencia y autonomía. La autora muestra, por un lado, las razones y consecuencias de su explotación (psicológicas, físicas, sociales) y, por otro, las formas de resistencia y capacidad social de organización para enfrentarlas. *Funcionario público* (1956) y *Bibiana* (1963), de Dolores Medio, y *La madama* (1969), de Concha Alós, profundizan en "las causas y discursos que provocan esa situación" (92).

En *Funcionario público* se vuelve a señalar la doble explotación de la obrera profundizando en las condiciones sociales y la subjetividad de las amas de casa. Estamos ante la creación de una "cultura doméstica" definida por la soledad, el aislamiento y la desvalorización que desembocan en patologías como la depresión y la ansiedad. No obstante, frente a una esperada lectura victimista de este sujeto social, Somolinos Molina reivindica su capacidad de resistencia y lucha. El análisis de *Bibiana* rescata el papel activo de las mujeres en el debate sobre trabajo asalariado y no asalariado, la heterogeneidad de la percepción del trabajo doméstico y la manera en que las mujeres de clase trabajadora lo enfrentaron: otra forma de organización política que consigue equilibrar siempre los cuidados en el seno del hogar, el trabajo y la militancia, un valor añadido frente a los compañeros hombres, que no contaban con los primeros. Finalmente, *La madama* se adentra en el caso de las mujeres de preso y a través de ella se evidencia cómo la doble explotación se convierte en triple (mujer, obrera y familiar de preso). La resistencia de estas mujeres fue titánica, pues pasaron a sostener su vida, la de sus hijos y también las de los familiares, convirtiéndose en cabezas de familia tanto en términos productivos como reproductivos.

La irrupción en el espacio público de un movimiento feminista organizado durante la Transición marca la hoja de ruta de las narrativas obreras femeninas del periodo. A pesar del "olvido" de la historiografía social y del menosprecio de una historia literaria centrada en el individualismo de la literatura burguesa, esta narrativa da cuenta de cómo las mujeres de clase trabajadora dialogan en relación con el movimiento feminista, sus organizaciones y, sobre todo, con sus demandas: resignificación de la maternidad, derecho al autogobierno del cuerpo, reivindicación del trabajo asalariado y reconocimiento del trabajo doméstico. Somolinos Molina explora el rico debate surgido en torno a las preocupaciones de las mujeres de clase trabajadora abordando no solo las necesidades individuales y la construcción de la subjetividad, sino también sus relaciones de militancia con sus antagonistas. El recorrido por las literaturas militantes obreras de Montserrat Roig (*La hora violeta*, 1980) y Teresa Pámies (*Camarera de cinco estrellas*, 1984) dan complejidad al panorama al mostrar cómo se cuestionan las demandas del movimiento feminista. En este sentido, destaca la lectura de la

obra de Pàmies por su originalidad. A través del análisis se visibiliza la articulación y contribución de las mujeres al movimiento antifranquista fuera de España, pues se ocupa de la realidad de las mujeres que emigraron a trabajar a otros países, añadiendo la categoría migrante como una tercera forma de discriminación.

Paralelo a este debate, el capítulo aborda el proceso de reflexión sobre el ejercicio de la escritura por parte de las mujeres, proceso que coincide con la irrupción de las escritoras en el campo literario. Este trajo un panorama rico y diverso de formas de narrar que venía muy asociado a las experiencias vitales personales de cada una de ellas y que no siempre tenía que ver con posturas feministas. Este es el caso de *Crónica del desamor* (1979), de Rosa Montero, que, además, muestra el *continuum* con las épocas anteriores y denuncia la doble jornada, la cosificación de la mujer y la falacia de la incorporación de las mujeres al trabajo como acontecimiento liberador.

El último periodo recorre las narrativas de mujeres de clase obrera en el resurgir del movimiento feminista tras la institucionalización de los 80-90. En el marco socioeconómico de la precariedad, Somolinos rescata una vez más el ámbito laboral relacionado con los cuidados, cuyo reconocimiento se convierte en una de las demandas principales de los feminismos autónomos a partir del 15M. Desde el punto de vista literario, nos situamos en el albor de una nueva novela realista surgida a partir del ascenso del PP al poder (1996). Dicha narrativa retoma la necesidad de cuestionar la realidad a través de la literatura y recuperar un pasado otro silenciado desde tiempos del franquismo a través de la memoria histórica. Para las escritoras se abre un horizonte más esperanzador, ya que irrumpen en el campo literario, tomando el espacio tanto con sus publicaciones como con su participación en premios, jurados, ferias o programas de televisión.

Somolinos Molina revisa diversas narrativas de Belén Gopegui (*El padre de Blancanieves*, 2007), Natalia Carrero (*Soy una caja*, 2008), Marta Sanz (*Susana y los viejos*, 2006) y Elvira Navarro (*La trabajadora*, 2014), en las que el trabajo supone un conflicto abordado en algunos casos desde la autoficción. En esta línea se reivindica el testimonio entre las narrativas como parte de los discursos actuales en torno al trabajo (trabajo a domicilio y el teletrabajo en el libro colectivo *Precarias a la deriva*), se vuelve a tratar el cuerpo explotado (*Susana y los viejos*, de Marta Sanz, o *El padre de Blancanieves*, de Belén Gopegui) y la desvalorización del sistema de cuidados unido ahora a los conflictos inmigratorios y las cadenas globales de cuidados, o la reciente relación precariedad-salud mental (*La trabajadora*, de Elvira Navarro). En todas ellas se explora de nuevo la tensión entre los ámbitos público y privado que, en el caso de las mujeres trabajadoras, se muestra constantemente como una frontera permeable e indefinida. Mientras que el trabajo doméstico se instala de manera hiperconflictiva en el espacio público, el trabajo asalariado recorre el camino inverso y se asienta en el ámbito privado portando una nueva matriz de conflictos, como se muestra en *La trabajadora*.

Este recorrido histórico se cierra con cinco conclusiones que inciden en la necesidad de la recuperación de la voz de las trabajadoras a través de la literatura; en la complejidad y no linealidad de sus discursos, ya sean continuistas o

rupturistas; en la variedad de formas estéticas que estos adquieren; en el grado de intervención política adquirido por cada uno de ellos; y en el cuerpo de las mujeres como denominador común de las narrativas examinadas en tanto que receptor de la explotación. También dedica unos párrafos a los lenguajes empleados en las obras para concluir que la crónica periodística y lo testimonial cuentan con una fuerte presencia en todos los relatos. La necesidad de estas autoras por acercar lo ficticio a lo real material, por ficcionar una experiencia concreta y cercana, es evidente. Así, el trabajo de Cristina Somolinos Molina demuestra que no se puede separar la escritura de las circunstancias materiales ni del tiempo en que esta se inscribe; y que la ficción es documento para repensar la historia: estas novelas hacen tambalear los discursos tradicionales sobre las mujeres obreras y militantes, situándolas en la historia social y de la literatura como seres conflictivos, complejos, contradictorios y combativos. Al tiempo, su lectura hace estallar el imaginario de la clase media (y sus propias contradicciones), que trata de establecer como naturales categorías y paradigmas plenamente sometidos al dictado del tiempo histórico.

Finalmente, este ensayo es una contribución sobresaliente a la configuración de las genealogías de las mujeres y de sus movimientos políticos. Genealogías unidas por hilos temáticos, problemáticas y reivindicaciones o denuncias similares, como se desprende de las novelas analizadas. La obra nos permite transportarnos constantemente de un momento de la historia a otro, estableciendo un sentido y una circunstancia común que nos lleva a establecer una clara genealogía llena de dolores, injusticias y problemáticas comunes heredadas no resueltas. Un ejercicio de memoria histórica tras el que constatamos que nuestra imaginación literaria se ha hecho cargo de realidades que hemos escuchado a nuestras madres, abuelas o a las mayores de nuestros pueblos y barrios: la falta de reconocimiento de su labor de cuidados, el abandono de la educación a edad temprana por necesidades económicas, el engaño del trabajo como forma de emancipación para las mujeres de clase trabajadora, la doble explotación, la insuficiencia de un único trabajo para vivir (y no sobrevivir) y, por supuesto, que rojas tenían las manos de fregar los suelos. Por este vínculo con nuestra memoria colectiva (entre otras razones aducidas en esta reseña), la investigación de Cristina Somolinos Molina, pionera en los estudios de clase y género, es un libro fundamental para la historia de la literatura española.

CAROLINA FERNÁNDEZ CORDERO  
Universidad Autónoma de Madrid  
carolina.fernandez@uam.es